



Paisaje

la gloria viva que el mundo le brinda, se adueña de la fragancia cósmica que es flor de las cosas en la realidad, y cuando en sus paisajes eterniza rincones olvidados y rincones pobres, se cuida de que la verdad de los mismos tenga su raíz en la profundidad maravillosa de lo que existe, y su copa plena, en un lirismo verdadero, en un clima lleno de vitaminas vivas, en esa atmósfera asfixiante donde Eduardo Vicente nos revela toda la grandeza infinita de lo que mereció su atención.

Podría Eduardo Vicente «glorificar» el motivo elegido por procedimientos decorativos, que son siempre aquellos procedimientos en los que el lirismo conseguido depende en cierta manera de la originalidad cromática y formal de un cuadro. Podría nuestro pintor, cuando trata de conquistar el secreto de cualquier paisaje, cantar el mismo, con un cromatismo impresionante, o un mundo formal lleno de rara virtud. Pero es la esencialidad de las unidades plásticas lo que le preocupa. Es glorificar la verdad conquistada dentro de un lirismo donde desemboca el afluente cordial del plástico y el afluente verdadero de lo real. Para que en el seno de la unidad plástica lo conquistado para una eternidad inevitable exista de la misma manera que en el mundo las cosas existen. Y para que la función de Eduardo Vicente en la pintura contemporánea sea la de reconquistar para la plástica un lirismo, huído de la misma desde los tiempos en que «lo representativo» y «lo expresivo» eran polos opuestos de una disyuntiva en cierta manera equivocada, que no tiene que ver nada con este o aquel «lirismo menor».

Cuando Eduardo Vicente descifra la verdad de un paisaje sencillo; cuando por todo lo dicho este plástico «glorifica» la verdad del paisaje en cuestión, no puede contentarse con ornamentar en cierta manera una unidad plástica sin vigencia. Necesita hacer vivir a la verdad en el seno de su cuadro. Pero como de lo que se trata no es de una vida temporal, sino de una proyección de lo real en lo eterno, Eduardo Vicente trata de demostrarnos que esto no se consigue sino trasladando la verdad viva, que arrancamos de su lírica gloria, a la unidad plástica que nos interesa. Y que para que esa verdad no se encuentre como desterrada en su propia significación objetiva, es preciso integrarla en un magno lirismo, en el que su grandeza encuentre como un sosiego eterno.

Eduardo Vicente llama al lirismo desterrado por los «ismos» artísticos, y no para brillar en la gala de un color o en la ventura expresiva de una forma. Eduardo Vicente, que sabe que las cosas no existen en la nada, sino en su gloria, en un ambiente, en un espacio donde se engarzan y se dimensionan, redescubre en su pintura—con fogosidad asfixiante en muchas ocasiones—el lirismo glorioso, la lágrima necesaria, el clima propicio en el que la verdad viva se trueca en cifra expresiva cargada de cosmicidad. Para que sus unidades plásticas, en las que una ternura por las cosas destaca sobre otra virtud enormes valores, no sean «referencias» más o menos decorativas de lo real. Sino trozos de un mundo capaz de resonar en este lirismo de Eduardo Vicente, donde se resume la calidez de su alma y la grandeza cósmica que hasta en la raíz de las cosas conquistada por el artista se le viene al pintor.

Eduardo Vicente nos lleva de nuevo a Velázquez—muy bien aprendida la pasión de Goya—para definirlo como el lírico mayor de la plástica española. Eduardo Vicente, cuando frente a cualquier naturaleza descubre toda la riqueza cósmica que la informa y la prestigia, traslada su conquista a un clima lírico, que es «orden», disciplina maravillosa, caricia redonda en la que cabe la verdad. Dentro del cual, y con el prestigio que la celda lírica tejida por el pintor como reserva de la unidad plástica supone, la verdad de las cosas aparentemente encarcelada alcanza su lírica, grandiosa, impresionante libertad expresiva. Puesto que ya no es posible contentarse con ese espacio vacío que existe en la pintura «representativa», entre su fondo y su brocal lógico. Puesto que tampoco nos vale la pintura de «primer plano», iniciada históricamente por Cézanne. Sino aquella que como la de Eduardo Vicente haga vivir, palpar, existir una verdad cualquiera en un cosmos lírico calificado por el intimismo del plástico, como en toda su mejor obra se puede ver.